

## MANIFIESTO SAN SALVADOR

*Por un turismo religioso que humaniza, transforma y desarrolla los territorios*

En la ciudad de San Salvador, donde convergen historia, fe y resiliencia, proclamamos este Manifiesto, en el marco del **Congreso Internacional de Turismo Religioso – Tierra de Fe Viva – El Salvador 2026 (8 al 10 de julio de 2026)**, como una declaración de compromiso con el turismo religioso entendido como una fuerza transformadora para las personas, las comunidades y los territorios. Reconocemos en esta práctica una expresión profunda de la movilidad humana que, lejos de limitarse al desplazamiento físico, representa un proceso de búsqueda interior, encuentro y sentido.

El turismo religioso constituye una realidad compleja que integra dimensiones espirituales, culturales, sociales y económicas. No se trata únicamente de visitar lugares sagrados, sino de participar en experiencias que conectan al ser humano con lo trascendente, con la memoria histórica de los pueblos y con la riqueza simbólica de sus tradiciones. Esta experiencia, cuando es vivida de manera auténtica, tiene el potencial de generar transformación personal y fortalecer los vínculos comunitarios.

Desde esta perspectiva, afirmamos que el turismo religioso es un instrumento estratégico para el desarrollo integral. En el ámbito económico, su impacto es evidente: dinamiza las economías locales, genera empleo, impulsa el emprendimiento y promueve la diversificación productiva. Las comunidades que acogen a peregrinos y visitantes se convierten en protagonistas de un sistema en el que la hospitalidad, la cultura y los servicios adquieren un valor central. Este dinamismo, gestionado de forma responsable, puede contribuir a reducir brechas sociales y fortalecer economías locales sostenibles.

No obstante, advertimos que el desarrollo económico no debe prevalecer sobre la esencia espiritual de esta práctica. La mercantilización excesiva de los espacios sagrados pone en riesgo su significado profundo. Es necesario establecer modelos de gestión que fomenten, el respeto por la sacralidad, evitando que los lugares de fe se conviertan en meros productos turísticos desprovistos de sentido.

En el plano social, el turismo religioso favorece el encuentro entre culturas, promoviendo el diálogo, la comprensión mutua y la convivencia pacífica. Los visitantes no solo llegan a observar, sino a interactuar con comunidades vivas que transmiten valores, tradiciones y formas de entender el mundo. Este intercambio fortalece el tejido social y contribuye a la construcción de una ciudadanía basada en la solidaridad y el respeto.

Asimismo, el turismo religioso refuerza la identidad cultural de los territorios. Las celebraciones, peregrinaciones y expresiones de fe constituyen espacios de participación colectiva que permiten la transmisión intergeneracional de saberes y creencias. En este sentido, se configura como una herramienta clave para preservar la memoria histórica y fortalecer el sentido de pertenencia.

En el ámbito cultural, su aporte es igualmente significativo. El patrimonio religioso, tanto material como inmaterial, encuentra en esta actividad una vía para su conservación y valorización. Iglesias, santuarios, rutas y tradiciones se mantienen vivos gracias al interés de quienes los visitan. Sin embargo, esta valorización debe realizarse desde un enfoque de autenticidad, evitando la folklorización o distorsión de las prácticas culturales.

Reconocemos también la importancia de la dimensión espiritual como núcleo del turismo religioso. Más allá de sus efectos tangibles, ofrece a las personas la posibilidad de detenerse, reflexionar y reencontrarse con lo esencial. En un contexto global marcado por la velocidad y la fragmentación, estos espacios de silencio y contemplación adquieren un valor incalculable.

Es necesario, además, distinguir entre turismo religioso y peregrinación. La peregrinación implica una motivación explícitamente espiritual, marcada por el sacrificio, la devoción y el camino como experiencia transformadora. El turismo religioso, en cambio, abarca una realidad más amplia que incluye motivaciones culturales e históricas. Ambos fenómenos, lejos de oponerse, pueden complementarse y enriquecer la experiencia del visitante.

Frente a los desafíos actuales, alertamos sobre el riesgo de banalización. La masificación, la pérdida de sentido y la comercialización indiscriminada pueden vaciar de contenido una práctica que tiene un profundo valor humano y espiritual. Por ello, es urgente promover modelos sostenibles que prioricen la calidad de la experiencia, la formación de los actores involucrados y el respeto por las comunidades anfitrionas.

En este contexto, asumimos los siguientes compromisos:

- Promover políticas públicas que integren el turismo religioso como eje del desarrollo territorial sostenible, reconociendo su capacidad para generar bienestar económico y cohesión social.
- Fortalecer la formación de los actores locales en gestión turística, patrimonio cultural y atención al visitante, incorporando principios éticos y de sostenibilidad.
- Fomentar la participación de las comunidades en la toma de decisiones, reconociendo su papel como custodias del patrimonio y protagonistas del desarrollo.
- Impulsar la conservación del patrimonio religioso mediante alianzas entre sectores públicos, privados y comunitarios, asegurando su transmisión a futuras generaciones.
- Fomentar experiencias turísticas integrales que articulen lo espiritual, lo cultural y lo social, evitando enfoques fragmentados o superficiales.
- Promover el diálogo intercultural e interreligioso como herramienta para la paz, el entendimiento y la convivencia.
- Establecer mecanismos de evaluación que permitan medir el impacto del turismo religioso, fomentando su sostenibilidad y mejora continua.

Este **Manifiesto San Salvador** se presenta como una invitación a repensar el turismo religioso desde una perspectiva integral, ética y humanista. No se trata únicamente de atraer visitantes, sino de generar experiencias significativas que transformen a las personas y fortalezcan a las comunidades.

Convocamos a gobiernos, instituciones religiosas, organizaciones sociales, sector privado y academia a trabajar de manera articulada en la construcción de un modelo de turismo religioso que sea inclusivo, sostenible y respetuoso de la dignidad humana.

Así lo declaramos